

EL SEMBRADOR



APARECE CUANDO PUEDE

EDITADO POR LA AGRUPACION "LABOR"

SE REPARTE GRATIS

Adherida a la Alianza Anárquica Internacional

PARA TODO LO RELACIONADO CON ESTE PERIODICO DIRIGIRSE A SORIANO 1453

SEMBRANDO

Yo me imagino las satisfacciones y las angustias del sembrador. ¡Cuántas emociones debe sentir el hombre que pone el grano en la tierra! He aquí un yermo: pero el sembrador viene y remueve la tierra, la rebana, desmenuza los toscos terrones, la peina, echa el grano y riega. Luego, ¡a esperar. Mas no consiste esa espera en cruzarse de brazos: hay que luchar; hay que luchar contra aves que bajan a comerse el grano, contra los animales que se alimentan de las plantitas tiernas, contra el frío o la acequia que amenaza desbordarse, contra el yerbaajo que se extiende y va a sepultar la siembra. ¡Con qué emoción aguarda cada nuevo día, esperando ver las puntillas verdes de las plantas saliendo de la tierra negra! Por fin aparecen, y entonces levanta angustiado la vista al cielo; sabe leer en las nubes el tiempo que va a haber; la dirección con que sopla el viento, tiene, igualmente, grande importancia. Viendo las nubes, reconociendo el viento, se le ve palidecer o iluminarse su rostro, según se deduce de la apariencia del medio, bueno o mal tiempo.

Empero, estas torturas nada son comparándolas con las que sufre el sembrador de ideales. La tierra recibe con cariño. El cerebro de las masas humanas rehúsa recibir los ideales que en él pone el sembrador. La mala yerba, las malezas representadas por los ideales viejos, por las preocupaciones, las tradiciones, los prejuicios, han arraigado tanto, han profundizado sus raíces de tal modo y se han entremezclado a tal grado, que no es fácil extirparlos sin resistencia, sin hacer sufrir al paciente. El sembrador de ideales echa el grano; pero las malezas son tan espesas y proyectan sombras tan densas, que la mayor parte de las veces no germina, y si, a pesar de las resistencias, la simiente-ideal está dorada de tal vitalidad, de tan vigorosa potencia, que logra hacer salir el brote, crece éste débil, enfermizo, porque todos los jugos los aprovechan las malezas viejas y es por esto por lo que con tanto trabajo logran enraizar las ideas nuevas.

El miedo a lo desconocido entra con mucho en la resistencia que el cerebro de las masas ofrece a los ideales nuevos. La cobardía del rebaño queda perfectamente expresada en la frase que anda en boca de todos los taimados: «Vale más malo por conocido que bueno por conocer». Son amargos los frutos de las viejas ideas: sin embargo, la imbecilidad o cobardía de las masas los prefieren mejor que entregarse al cultivo de nuevos y sanos ideales.

El sembrador de ideas tiene que luchar contra la masa, que es conservadora; contra las instituciones, que son conservadoras igualmente; y solo, en medio del ir y venir del rebaño que no lo entiende, marcha por el mundo no esperando por recompensa más que el bofetón de los estultos, el calabozo de los tiranos y el cadalso en cualquier momento. Pero mientras va sembrando, sembrando, sembrando, el sembrador de ideales que llega va sembrando, sembrando, sembrando.....

Ricardo FLORES MAGON.

VOZ ANARQUISTA

No dejemos pasar ni un minuto siquiera, inútilmente. Tenemos siempre una ocupación útil para nosotros y para los demás hombres. Somos, siempre, hombres constantes en aquella acción que fecundiza al mundo de los hombres, perfeccionándolo. No creemos en aquellos que diciendo hombres de progreso, no encuentran deleite sumo en la actividad creadora, manual e intelectual y buscan cosas pasajeras como lo hace la gente vulgar y perversa de nuestros días

para no aburrirse de su vida miserable que llevan.

Para un hombre progresista, el mundo se halla abierto, como se halla abierto para el anarquista y hay en él un fin de cosas que crear y destruir, conquistar y rechazar.

En arte, la ciencia, en cosas que aún están abiertas y espereadas por el mundo. El trabajo de la mina, de la fábrica, del taller, etc., también hay que quitarle esa acción torturante e infame que actualmente tiene. Hay que quitar del hombre esa rareza de prejuicios que le torturan moral y físicamente.

SACCO Y VANZETTI



Envuelta en el velo de la obscuridad, amparada por nefastas y absurdas leyes, el arma de la ignominia empuñada por la mano del pulpo, en homenaje al dios oro, amenaza hundirse en el pecho libertario en donde palitan dos corazones nobles, dos almas grandes y generosas, víctimas de un sistema corrupto y mártires de una idea de redención humana.

te. Hay mucho que hacer. Solo hombres perversos, de sentimientos y corrientes de inteligencia pueden pasarse el tiempo en cosas que nada traen para la felicidad del hombre.

No nos dejemos, pues poseer por la pereza. No nos abandonemos a los asuntos y cosas triviales. Busquemos, sí, el deleite en aquella actividad que tiene por objeto humanizar a los hombres, esclarecerlos y fraternizarlos universalmente. Esta es al voz nuestra: la voz anarquista.

MISERABLES

Ante todo, ser hombres. Misera- bles los seres que chocan los sentimientos solidarios del género humano, con una ambición cualquiera. Ambición de oro, ambición de mundo, ambición de predominio.

Miserales también los seres que mienten a sabiendas, por fines cal- culados. Esos destruyen la obra revolucionaria que cuesta tanto trabajo levantar.

Abundan en verdad los seres que no quieren ser hombres. Miserales ellos, que ponen sobre esa flor de amor que es el sentimiento solidario del género, una ambición de oro, o una ambición política.

Miserales los burgueses que condenan a Sacco y a Vanzetti, para quitar sus bolsas de las ideas que anulan el valor del oro. *Habráis

de trabajar y de tener actitudes humanas», dicen las ideas.

Miserales los seres que por una ambición política, desvían la propaganda liberadora, mienten, hacen germinar odios, y retrasan el progreso de la causa del trabajo y del hombre. La política roja es funesta.

Miserales los que matan a los hombres de ideas. La idea es el espíritu de la vida. Los gobernantes bolseviks matan a los seres que llevan el espíritu de la vida. Ellos quieren una humanidad mansa, a sus planes de ambición y predominio.

La burguesía mata a los hombres de ideas; y ellos también lo hacen.

Ante todo, a pesar de todo, ser hombres, levantar las vidas.

De "El Hombre"

LA VIOLENCIA Y EL PODER

No me trates de irreverente: dame el brazo: soy tu inseparable compañero.

Un hombre manchado de lágrimas y sangre, armado de una hacha, entró en la sala del palacio; clavó el hacha en una de las gradas del trono y se sentó junto al rey.

— ¡Villano! — gritó el monarca. — ¿Cómo te atreves a cometer irreverencia tal? ¿No sabes quién soy? Man-

ciado de sangre viejas. Has comutado algún crimen.

—¿Si quien eres — contestó el villano — y se funden que me lo debes a mí. Si te pedía yo vivir; tú sí me lo. Mis crímenes son los tuyos. Lo sabes que me muerde la mano cuando te mientes.

—¿Qué, eres?

— Soy la violencia, soy el vendigo.

No te pierdas a ti solo. Cumplo tu deber, donde me fuerza me ofende a favor de la sangre de tus víctimas.

—Tú tienes ser tan fijo como yo; ¿no me voy?

—Suprimo en tus crímenes la pena de muerte.

—No importa. Me vendes tanto a las ciudades. ¿Vas a dejar a uno de esos pobres que después contra el pueblo vendiendo entre la paliza y la de la sangre?

—Mandaré que prendan a los tres ladrones, pero que respeten su vida.

—¿Y qué? No dejaré de ser el mismo. Seré quien los ponga los grillos y los ate las cadenas; será quien los encierre en los calabozos y los siga el dolor de la pena, sea quien les abra el rancho y los saque a merced de los maldichidos. Tú a ti lo he pasado que me tienes hoy a poco más de pesa que Suprimiré la muerte con tu de la vida.

No desahíes. Mira donde te quedas al pueblo condenado, te llama el pueblo y te lo te cubre.

Tienes razón, como uno. Aunque voy amoldado de la pena y la pena, donde el hecho.

—No te pierdas a ti solo. No puedo perderte de la vida. Soy tu amigo, te lo he pasado.

F. Pi y Arsuaga.

La llamada del cuártel

Carreles militares, llenos de impostura y agresividad, corren a la juventud a aprestar para combatir el servicio militar obligatorio.

El úlcero humanitario del espíritu se desdobra, troglodítico y notorio, en las vaguaduras del alma humana, la ciudad de empujar el arma, el deber y el adiestrarse en su manejo.

El espíritu del deber y el deber, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra.

El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra.

El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra.

El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra.

El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra.

El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra.

El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra.

El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra.

El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra.

El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra.

El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra.

El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra.

El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra.

El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra.

El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra.

El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra.

El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra. El deber, muchachada, para de la guerra, cuando uno no se realiza en la vida, se transforma en la guerra.

¡ANARQUÍA!

Veis ese brazo de río que cruza el valle?... Resulta que al dueño del campo no le conviene. Por esto y aquello y lo otro, él hace bueno el empeño que tiene de que se seque. Y lo rodea de tapias, y lo encarcela; acaba por reducirlo al estado de una triste balsa de agua.

Ya no corre más el río; pero, sin embargo, aun vive. Refleja el cielo, humedece el aire, tapiza de faldas verdes los muros que lo aprisionan. Al fin, se insurge en su cauce. Desaparece... ¡Bravo por el sinvergüenza que abismó un grito de claridad en la tierra!...

Bravo?... ¡Habrá que ver, todavía, hasta dónde es suyo el triunfo. Volved el año que viene, ¿Qué véis?... Sobre el suelo de esa cárcel crece un paltzal glorioso. ¡Es aquel río; aquella agua! Pero, ahora, ya no es el viento que le despeina las ondas, mientras cantan cuesta abajo las piedritas de su seno. No. Lo rizan los aleteos de los pájaros; palpita de los nidales que esconde: ríe en las flores que ha abierto!

Eh, sinvergüenza! ¿De quién es el triunfo aquí?... ¡A ver; ¡A ver!...

Medio por ahí es la cosa. Tal como una agua cantora y fecunda es nuestra idea. Moja el terrón de la vida y lo larga a florecer, granar y reproducirse. No hay peligro que la agoten o la abismen. Brota y vuelve la Anarquía.

—¡Aquí estoy!—dice en la ciencia el sabio.—¡Aquí estoy! canta en los versos del poeta.—¡Aquí estoy—corea en las hermanías que se sublevaron. Como luz, como fuerza, como audacia: ¡aquí estoy! ¡Aquí estoy siempre!

¡Anarquía! Suena su grito entre el pueblo y desnuda los corajes como ceceros. ¡Anarquía! Entra su aliento a las fábricas y tiñe de cielo y sol, cual hierros al rojo blanco, las manos trabajadoras. ¡Anarquía! Sube al taller del artista y pone un beso de vida en la hebra de sus pinceles. ¡Anarquía! Y cree el bohemio que se le ha enredado un águila en las melenas. ¡Anarquía! Rueda como un relincho en la pampa y el gaucho se pela el poncho, se echa el chambergo a la nuca y se le hace que todo el campo es orégano!...

Eh! burgueses sinvergüenzas! Que andáis apagando gritos; afanosos de abismar claridades en la tierra? Es una tarea imbécil. Lo mismo que enanearle la boca a los manantiales. Nuestra idea brota y vuelve. ¡Anarquía! ¡Anarquía!

Rodolfo GONZALEZ PACHECO

FRAGMENTOS

EL SOVIET Y

SUS SABUESOS

de El Hombre

Con dinero se tiene derecho a cederlo, a gritar, a embriagarse, a amar, a bullir, a insolentarse, a mortificar a los infelices.

Con honrría con vergüenza, con honrría, con un sentido simpático de la vida, se tiene derecho, por lo contrario, a ser un desgraciado, a ser un vago, una minucia, a amular sin rumbo y sin timo, a sufrir la vista de los infatigados de los obesos, de los saltadores con suerte de las circunstancias y del azar.

Como sentir afecto entonces por una sociedad así constituida? Como sentir afecto entonces, ni ningún sentimiento de simpatía, por una sociedad en que tan fácilmente se puede quedar a merced del hambre, de la angustia, de la desamparación, del abandono, de la tortura, de la miseria y de la vagancia?

Ante las perspectivas espantosas de las sociedades sin sentimiento de solidaridad humana en que el trabajo es dispuesto por unos hombres y otros quedan a merced de ellos, que quitan a otros la oportunidad y el derecho de ser colaboradores en la obra de riqueza común, solo cabe un pensamiento con arrancos de convicción: una sociedad así, bien merece que se la desahaga.

LONDRES, 27 — El jefe marxista Davidoff, miembro del Comité Ejecutivo Central de Rusia, ha sido asesinado en un pueblo cerca de Stavropol, según dice el correspondiente del "Daily Mail" en Riga. Davidoff preside una delegación procedente de Moscú que investiga los motivos de la ejecución de cien trabajadores. Lleva a cabo por la Cheka a causa de que se resistían a pagar los impuestos. Davidoff abandonaba la reunión del Soviet local donde había aprobado el proceder de la Cheka cuando un hijo de una de las víctimas de la Cheka el derribó la cabeza de un hachazo.

Nuestra época nos aporta cada día la prueba de que hay decididamente dos justicias: una que es inhumana, y otra que es humana. La primera es la obra de la sociedad, que llama "justicia" exactamente a lo contrario y comete bajo este nombre las peores iniquidades; la segunda está por encima de las combinaciones de la política: los jueces la ignoran y es el patrimonio de los hombres de coraje.

P. Kropotkin.

PENSAMIENTOS

El ejército es una cueva de esclavitud, donde más el hocio que la boca y donde está permitido ser asesino y ladrón a trueque de transformarse en imbécil. — Leopoldo Lugones

Tan difícil es a los hombres adquirir la sabiduría como a los niños adquirir la riqueza. — Séneca

El niño es la escuela del crimen.

REBELDIA

**Caminante, tú que pasas con la frente de vencido;
tú que pasas con aspecto resignado:
tú que vienes dolorido
como un orgullo abatido
o un vlgar anonadado;**

**caminante, compañero, en tu triste trayectoria
no ha exaltado tu alma el culto de la victoria
y en tu pso que es de duda,
la resignación te anuda
y no hallarás, nunca, la salvación hasta el día
en que grites, exultante: ¡Rebelión! ¡Rebelión!**

**Sé una ola brava, sé una proa de audacia,
sea tu frente altivez, esculpe tu aristocracia
con el pensamiento enhiesto
como rojo manifiesto
tremolando en magno cántico de guerra,
sobre la oscura estulticia,
sobre la cruel injusticia
de los hombres que dominan en los pueblos de la tierra.**

**Caminante, compañero, la ruta aunque dura y larga
no es amarga.**

**Si lo quieres, si lo quieres tenazmente
si lo quieres con indómita energía,
cruzarás fuerte y dichoso como por brazo de puente
sobre el penar, con el grito: ¡Rebelión! ¡Rebelión!**

¡Rebelión! ¡Rebelión! ¡Rebelión!
**Afirmarse en un yo claro, no claudicar de sí mismo,
y sentir la epifanía
orgánica del Ilismo
como apóstrofe violento hacia cualquier tiranía,
hacia cualquier despotismo
en medio de soledades hostiles al histrionismo,
en el corazón grabada la palabra Rebelión.**

**Como lema,
como emblema:**

¡Rebelión! ¡Rebelión!

Julio Raúl MENDILAHARSU.

DOS HOMBRES HONRADOS

—Eres gordo, de sonrisa bondadosa, te ves a un vecino que comía a dos carriles sin parar mientes en lo que dejaba encima de la mesa el mozo del mesón.

—Desengáñese usted, amigo, el robo es siempre un crimen.

—Le supongo propietario.

—Gracias a mi constancia, a mis ahorros y a mi trabajo.

—¿Es usted industrial?

—Y comerciante.

—¿Ahí!

—Y usted, ¿a qué negocios se dedica?

—Tiene usted cara de bolsista.

—Pues no tengo cara de lo que soy: me dedico a robar.

—¿A robar?

—Como lo oye usted.

—Y lo dice con orgullo.

—Con el mismo que emplea usted para decir que es comerciante e industrial.

—¿Mi negocio es legítimo?

—Lo sé: casi tan legítimo como el robo, aunque no tan digno!

—Naturalmente: no es tan digno porque es menos enriquecedor y más hipó-

crita. Yo robo teniendo la ley en contra y usted roba al amparo de la ley misma. No da el peso cuando vende, no paga la medida cuando compra, no repara en evasiones a su clientela vendiendo...

—Es un contrato libremente estipulado.

—¿Sí, sí; pero al hacer el pacto se habla de cierta calidad, de cierta medida, y de cierto precio...

—Es que...

—Déjeme usted hablar y lo hará usted después hasta el día del juicio.

—No puedo oír tamaños disparates.

—Comiendo tranquilo estaba cuando usted me interrumpió. Yo soy más franco que usted y por eso llamo robo a mi negocio... Respeto de la industria, no me negará usted que emplea artículos malos para venderlos como buenos y que da a sus operarios el 5 por ciento de lo que producen.

—Buena la haríamos los comerciantes si vendiésemos al precio que conseguimos y no la haríamos mejor los industriales, si las primeras materias nos costasen el dinero que sacamos de la producción.

—Harían ustedes un mal negocio, como lo hago yo el día que vendo a casa con los bolsitis vacíos.

—Es que yo trabajo.

—Lo mismo digo, y más personas

mente que usted, puesto que usted

—No, señor. Usted roba.

—Según el que llamo usted robar.

—Roba el que se apodera violentamente de lo que no es suyo.

—Ah, vamos. Por natura que el ladrón se diferencia del comerciante en que éste roba pacíficamente. No me negará usted en este caso que el segundo es una decadencia del primero. Ustedes son los ejércitos de mercedarios sin valor para robar a mano armada. Uno legitimando la falsificación y el otro escamoteando. Mejor diría si dijera que han pervertido el arte de robar, y que por antihigiénico, si no por otra cosa, merecen ir a la cárcel.

El ladrón y el comerciante se llevan fama de la mesa sin saldarla, siquiere. Al año el uno se encuentra en presidio fuera de la ley, por haber robado una cartera, y el otro hacia la ve en el Parlamento, porque habiendo jugado a la bolsa en combinación con el ministro de Estado, ganó mil millones, y pudo representar al país con el dinero que había quitado a numerosas familias que vivieron despojadas en la miseria.

Octavio Mirbeau.

Del testamento de un obrero que murió en Nueva York.

Dejó a la sociedad un carácter detestable, un ejemplo pernicioso y una memoria lamentable.
Dejó a los autores de mis días dolor, que no sé cómo puedan sobrelevar en su achacosa vejez.

Dejó a mis hermanos y hermanas toda la vergüenza y el sentimiento que he podido causarles con mi conducta.

Dejó a mi esposa un corazón quebrantado y una vida ignominiosa.

Dejó a cada uno de mis hijos pobreza, ignorancia, embrutecimiento, y el recuerdo de que su padre murió víctima de la embriaguez.

Lean estos los obreros cuando estén ciegos.

Al Pueblo

De Máximo Gorki

...No envíases tu corazón con el odio contra aquellos que cuando tuvieron necesidad de tu fuerza te llamaron héroe y ahora que les has abundado para ir en busca de tu libertad te proclaman hérboro.

Reserva tu odio para un adversario más poderoso y tu cólera para uno que sea digno de ella, y si quieres ser generoso con aquellos que nada pueden, lanza a los pobres de espíritu tu desprecio y nada más.

En el fondo, ¿qué son ellos? La noche fue el tiempo de su gloria; hablaban mientras los esclavos dormían; los esclavos respetaban y reconocían como dueño, pero tú, si no eres esclavo, ¿qué quieres hacer con ellos?

Sus oraciones sobre los beneficios de la libertad, sonaban prudentes, y sus gritos contra la violencia eran roncos; sus palabras no brillaban tan radiantes como de tu resurrección; ¡pero en los grandes días siempre se cubren de sangre!

Los obreros que con sus alas negras cubrían las espesas tinieblas de

la violencia, no se acordaban de sus voces.

Aquellos hombres, ¿eran en verdad estrellas que guían a los otros en las tinieblas de la noche? Lucían como fuegos fatuos sobre los pantanos, y quienes los seguían perdíanse en el mismo laberinto de sus contradicciones, y todos se han perdido para siempre en la abyección de sus mezquinos sorridores. Sólo saben clamar la fuerza para nutrir su fútila vanidad en la vida vital.

—Tú eres la fuerza que lo crea lo del? Y cuando no lo sabías, pero cuando indispensable para librarlos de las cadenas de la esclavitud y de la opresión, entonces te lo has dejado hipnotizadamente.

—Tú eres la fuerza que todo lo crea!

Y te colocaron delante de ellos en la lucha, creyendo que vencerías, que unirías, los viejos y exhaustos trinitarios y después les darías a ellos, los jóvenes en llegar, la libertad de aventura y constitución sobre sus espaldas en mezquina fidelidad.

Pero después de haber vencido una vez, ¿quienes habías hasta tu completo de liberación de la esclavitud que los parásitos te imponían y ahora, cuando has abdicado los ojos y ves la obra tuya y el derecho tuyo, ahora que pretendes ser dueño de la vida te gritan airados:

—¡Hérboro! ¡No construyas, destruye! ¿Quieres que sólo construyas para ellos?

Río, si quieres de la equidad de los parásitos, pero tu obra guárdala para un enemigo más digno.

Ellos cogieron con tus manos vigorosas algunos bocanados de libertad para ellos, robándote la, atormentándote como mendigos a ladrones; pero sus débiles manos no saben conservar, por lo que presentes revolucionarios conservan, te devía la fuerza brutal para combatir por la supremacía de sus bozales, para el imperio de la violencia sobre ti.

—Marcha! Eres una fuerza inviolable, omnipotente, un mamantal inextinguible de gentilidad creadora; por ti surgen dioses y héroes. ¿Qué te importa si algunos gusanos quieren subir sobre tus pies? Sacúdolos a tiempo de tu cuerpo, no les hagas introducirse, ácidos en tu pecho.

Y si aún así escapar con desdén sobre sus almas villanas, te vuelves a mirarlos.

Por que el espanto de tu desprecio sería para tus parásitos un honor y un alimento.

—Marcha!

Todos los templos de la tierra fueron levantados por tus manos. No desantes y funda ahora los templos de la Verdad y de la Justicia! ¡En marcha, compañeros!

Las palabras del Evangelio: "Bienaventurados los pobres de espíritu", son la más espontánea de las falsedades, por repudio de siglos ha tenido a la Humanidad en un pantano de miseria y servidumbre. ¡No, no! Los pobres de espíritu son forzosamente rebaño, carne de esclavitud y de dolor! Mientras haya multitudes de pobres de espíritu, habrá multitudes de miserables, de bestias de carga explotadas y devoradas por una infima minoría de ladrones y bandidos. Llegará día en que haya una Humanidad feliz, que será una Humanidad que sepa y quiera...

Bienaventurados los inteligentes, los hombres de voluntad y de acción, porque de ellos será el reino de la tierra!

— Emilio Zola.

